



GASTON DE BELSUNCE.

(LEYENDA HISTÓRICA.)



Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para ti mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

I.

La profecía del peregrino.

Era una tarde de invierno del año 1392. El norte soplaba húmedo y frío: las nubes se deslizaban rozando casi la tierra, y coronando con sus pálidos vapores la frente de las montañas; desbordados los torrentes, mezclaban su monótona voz al silbido del viento; las líneas del paisaje se perdían en los indecisos toques de la luz crepuscular.

El castillo de Belsunce alzaba sus negruzcas moles sobre las descarnadas espaldas de escarpadísima colina; la niebla ocultaba el erguido remate de su torre, en la que de cuando en cuando agitaba el huracán la enorme campana de las señales, arrancándole un tañido, que al brotar de entre aquellas brumas, parecía el lloro de algún espíritu. Todo estaba triste; el cielo con su color de plomo, la tierra con sus pelados árboles, semejantes á esqueletos fantásticos, todo lúgubre excepto la planta baja del castillo, por cuyas ventanas asomaban los

alegres resplandores del fuego, cuya lumbre estendía un reflejo auro-ral sobre las lívidas charcas de la campiña.

En derredor de una larga mesa colocada en el centro de un salon de bóvedas altas y paredes adornadas con trofeos de armas y caza, iluminado por hachones de cera y por las llamaradas de enorme chimenea á la que alimentaban sendos y gruesos troncos de haya, se veían sentadas, gran número de personas. Ocupaba la cabecera un caballero de noble y severa fisonomía, viejo ya, cuya derecha guardaba otro de gentil presencia, que por el parecido proclamaba ser su hijo. El más viejo era el señor del castillo, Mosen Pierres de Belsunce, vizconde de Belsunce, conde de Arberoa, y el jóven, su futuro here-dero, Arnaut de Belsunce, señor de Armendáriz. El resto de la reunion componianla hombres y mujeres de diferentes edades, caballeros los unos, infanzones de abarca los otros, pecheros los más, todos deudos ó amigos de Belsunce.

Reinaba animacion extraordinaria; crujía la mesa bajo el peso de abundantes viandas; los jarros de vino y de sagardúa se sucedian unos á otros con rapidez suma, y reinaba en la concurrencia aquella fran-queza y aquel buen humor tan propios del carácter euskaro; todos los comensales tomaban parte en la conversacion á pesar de la diferencia de sus rangos, con la independendencia inherente á un pueblo que todo él es noble.

—Cómo pasan los años, exclamó un cura viejo sentado á la dere-cha de Mosen Pierres; parece que era ayer cuando celebrábamos el nacimiento de Mosen Arnaut, hoy padre á su vez; lo peor es que yá nos será imposible á muchos el ver florecer la nueva rama que acaba de brotar en el tronco de los Belsunce!

—Tantos años han nevado sobre nuestras cabezas, replicó Mosen Pierres, que comenzamos á sentir el frío de la muerte. Sin embargo, yo no puedo quejarme, pues bajo al sepulcro despues de ver la propa-gacion de mi raza.

—Y hasta ahora la raza no decae; corre tan pura la sangre en sus venas como en su principio, añadió Tristan de Ezpeleta, señor de Baigorri y suegro del de Armendariz.

—Pero decaerá pronto, si continúan las cosas así, dijo un hom-bre de musculatura hercúlea, sentado al otro extremo de la mesa, llamado Felipe de Ustarroz, Roncalés, y por lo tanto, muy bravo; desde que ha subido al trono S. A. D. Cárlos III, no se oye en

Nabarra más ruido que el que hacen las rucas de las mujeres.

—Mientras haya osos y lobos en la montaña nuestra madre, los nabarros serán valientes.

—Garralda, contestó Ustarroz irónicamente, como eres tan diestro en el manejo del hacha y del dardo, y tienes la seguridad de salir bien en todos tus combates con las fieras, no te agrada que resuene el clarín de la guerra.

—Ustarroz, exclamó Garralda con voz vibrante, los hijos de la Aezcoa no conocemos el miedo: pero como cristiano, más gratos son á mis oídos los aullidos del lobo que las quejas de los moribundos.

—Eso es porque tienes oídos de mujer.

—Silencio! dijo con entonación grave el cura; no oís la voz del trueno? Con su voz inmensa que apaga vuestras ágrías voces chillonas, parece decir que las disputas son ociosas.

En efecto: la tempestad rodaba su estruendoso carro sobre la campiña; el huracán giraba al rededor del castillo agitando todas las puertas y despertando todos los ecos, mientras que en las ventanas sonaba el violento chasquido del granizo.

—Alguien ha llamado á la puerta, dijo una jóven y hermosa montañesa de ojos negros y cabellos rubios, caídos en dos gruesas trenzas sobre la espalda; deberian abrir la puerta.

—Es el viento, contestaron varias voces.

—No importa, dijo Mosen Pierres; sería un crimen que en noche semejante acudiese en vano á mi hospitalidad algún pobre viajero: que vayan, pues, á abrir. Además basta que así lo desee la hermosa María.

—Gracias Echeko-jauna, murmuró la montañesa encendida como una rosa.

Momentos despues penetraba en el salon un hombre viejo de aspecto venerable, de luengas barbas blancas, vestido con una túnica de paño burdo y una larga esclavina adornada con conchas y calzando en los piés sandalias. El peregrino saludó á la concurrencia en bascuence y luego acercándose á Mosen Pierres, le dijo estas palabras:

—Echeko-jauna, la noche está triste, los caminos vênse solitarios, pero tu palacio se muestra alegre y concurrido: yo, en nombre de la hospitalidad que me concedes, le pido á Dios que aleje de tu persona, familia y amigos todo mal.

Quando hubo aplacado el hambre y templado el frio, el anciano preguntó:

—¿Qué fausto suceso os congrega en este lugar? qué victoria de las armas nabarras celebráis? ¿El pendon de Iñigo Arista ondea llevando el terror con su sombra sobre los campos de Castilla?

—Nó; la paz tomó asiento en el trono de estos reinos con la persona del buen Carlos III; la alegría que ves en nuestros semblantes obedece á causa más modesta y más personal; celebramos el nacimiento de mi nieto Gaston de Belsunce.

—Oh! bendito sea el dia en que florece el tronco de los héroes!

—Peregrino, dijo Tristan de Ezpeleta, vienes de muy léjos?

—He andado sobre la dura tierra tanto y tanto, que á veces comparo mi existencia con la de Ahasverus fugitivo bajo la terrible maldicion de Dios.

—Pues bien, si no estás fatigado cuéntanos alguno de tus remotos viajes; ya lo vés, aquí vivimos entre estas apartadas montañas y nada sabemos del mundo.

—Ay! han sacudido mi rostro los vientos de tántos paises, han tostado mi tez los sóles de tantas regiones que casi he perdido la memoria de mis caminatas!

Era muy jóven cuando salí de mi pueblo dejando bañados en llanto hirviente los ojos de mi pobre madre. Una tarde pasó el rey de Navarra delante de mi puerta, y el lujo de su córte envenenó mi alma: al comparar las sedas y terciopelos, las plumas y los armiños de los cortesanos con la ruda estameña de mi traje y los piés descalzos de mis hermanas, miserable de mí! me avergoncé de la pobreza. Deseando, no la gloria, sino el oro, penetré en tierras de Castilla con la intencion de ganar cuanto pudiera en la guerra contra los alárabes y me alisté bajo las banderas de Alfonso XI. A las órdenes de este rey asistí á la batalla del Salado donde se reprodujo la victoria de las Navas. El botin que cogimos era tan numeroso como los robles en el monte de Irati, y mientras mis compañeros rezaban, dando gracias á Dios por el triunfo concedido, mis manos temblaban de gozo al tocar aquellas conquistadas riquezas. Despues el rey nos condujo á Algeciras... Cierta noche estaba yo de centinela á orillas del mar; un viento cálido que meció mis cabellos recordóme que delante tenia al Africa. El botin del Salado ocupó mi mente con su recuerdo, y mi fantasía supo pintarme los tesoros de un pueblo que vive entre la magnificencia y los placeres, contraponiéndolos á la miseria de la tierra castellana y á la austeridad de los soldados de la cruz; tendí la vista, tropezaron

mis ojos con unas barcas de pobres pescadores y penetrando en una de ellas abandoné mi fê y mis banderas!

El peregrino interrumpió su relato para dar tiempo á que su emocion se calmase; el rostro de todos los circunstantes dejaba ver muy á las claras el horror que aquella accion les inspiraba; luego prosiguió:

—Al arribar al Africa fui hecho prisionero en la misma orilla por un famoso pirata de Orán. Mi fidelidad, mi astucia, mi valor jamás desmentidos, alcanzáronme la confianza primero y la amistad del pirata despues: murió, y dejóme dueño de los tesoros, fruto de sus rapiñas del mar. Oh! cuán feliz fui entónces! Tuve jardines inmensos con enramadas sombrías por donde nunca pasaba el ardor del sol; pájaros de lejanos países, cuyas tornasoladas plumas eran encanto de los ojos y cuyos ignorados cantos maravilla del alma; perfumes penetrantes, adormecedores como el murmullo del mar, palacios de mármol, rápidos caballos arrancados al desierto, tapices más suaves que el césped de primavera, armas damasquinadas flexibles como culebras, rebaños de hombres esclavos de mi voluntad, y rebaños de mujeres, comprados en el país de la belleza, esclavas de mi capricho! Una vez en alta mar, tomé por abordaje un buque; creía que como otros, conduciría riquezas, pero aquel barco tan solo llevaba míseros peregrinos que iban á Tierra Santa. Al ver yo que no habia nada que robar, la burlada codicia me volvió loco de rábía, y di la órden de matar á todos aquellos infelices. Entre ellos se hallaba un religioso viejo, muy viejo, de esos que ya casi no pueden vivir, el que moribundo lanzó sobre mi rostro salpicado de sangre cristiana una mirada triste, trístisima, más triste que el niño huérfano en país extranjero! Así como la caida continúa de una gota de agua taladra la más dura piedra, del mismo modo el recuerdo de aquella acongojada mirada destruyó la siniestra armonía de mi alma. De dia y de noche, rodeado de mis esclavos ó apartado de todo viviente, su recuerdo no me abandonaba, y era, como un rayo enviado por la dulce religion sobre mis tinieblas y como un reproche de mi pátria y mi madre transmitido en alas del dolor! Ay! cuántas veces en mi lecho de oro y terciopelo recordé con envidia la indigente cama de mis montañas en la que dormía honrado! Luché, quise olvidar.... oh miseria!. el Señor de tantos esclavos era á su vez esclavo de un recuerdo. Mi conciencia se habia despertado y su voz poderosa, incansable, irresistible, me llevó

con la fuerzas de un torbellino, desde mis corrompidos palacios á implorar el perdon del Santo Padre.

El peregrino interrumpió su relato para enjugarse las lágrimas; en todos los ojos brillaba la compasion. Y prosiguió diciendo:

—Desde entónces no descansé un solo dia; para borrar mi culpa he recorrido los santuarios, las ermitas que recuerdan grandes milagros y veneran gloriosos santos en todas las naciones, siempre á pié y solo, viviendo de limosnas y predicando las eternas verdades de Dios. Pero ya soy viejo; conozco que pronto voy á morir y no he querido cerrar los ojos sin visitar la tierra en que he nacido. Desde las orillas del Rhin he atravesado toda la Francia, haciendo largas jornadas, despreciando el cansancio por el afan de arribar. Esta mañana por fin llegué á la cima de un monte; la niebla se arrastraba por el valle como un manto de plata caido de los hombros de las montañas; el cielo comenzaba á enrojecerse por el oriente; ante mi vista las sierras se apretaban; en sus laderas dormian numerosos pueblecillos medio ocultos entre espesos bosques; un riachuelo claro como el aire se quebraba entre las peñas; las campanas de las iglesias comenzaban á tocar á misa.... ay! yo me ahogaba, mil recuerdos borrados, mil olvidadas imágenes brotaban de pronto en mi memoria y en mis ojos.... sí, aquella era mi tierra, aquel su melancólico paisaje, aquellos sus religiosos ecos, y desfallecido, penetrado por la emocion que corria desde la garganta hasta lo profundo de las entrañas, caí de bruces bendiciendo á Dios y besando la noble tierra nabarra.

Callóse el peregrino y apoyó la cabeza entre sus manos; todos los circunstantes lloraban.

Cuando la emocion causada por el relato se hubo aplacado, Mosen Pierres dijo:

—Gracias peregrino; tu historia es de esas que mejoran el corazon de los hombres. Ella servirá para aumentar, si cabe, el amor que todos tenemos y debemos tener á la virtud y á la pátria. Pero la noche avanza y aun no hemos cumplido con la costumbre de la familia.

Y volviéndose hácia un criado añadió:

—Que avisen á Andra Madalen para que traiga el niño.

Algunos momentos despues penetraba por la puerta del centro Andra Madalen de Ezpeleta llevando á su nieto en los brazos. Este era un niño sonrosado y blanco, de ojos azules, que al ir en los brazos de su abuela, parecía un rayo de aurora iluminando á una noble ruina,

—Aquí os presento á mi nieto Gaston de Belsunce, que será vizconde de Belsunce, conde de Arberoa y señor de Armendariz.

—Dios le bendiga! exclamaron todos.

El peregrino que hasta entónces había permanecido silencioso y únicamente ocupado en secar sus vestiduras, se puso de pié y fijando los ojos en la fisonomía del niño pronunció con solemnidad las siguientes palabras:

—Dios le ha bendecido. Ese niño está predestinado á grandes hechos; yo veo su gloria en estos mis ojos que muy pronto verán á Dios. Una corona de luz rodea su dormida cabecita.

—Será un santo, verdad? preguntó con entusiasta fervor una vieja montañesa llamada Cataliñ, habitante del caserío Beloso.

—No; será un héroe, replicó el peregrino, y mientras haya Euskaros vivirá su nombre.

Todos estaban pendientes de sus palabras; en aquella calva y rugosa frente se adivinaba la reverberacion misteriosa de las cosas futuras, y su actitud mostraba la grandeza enorme de los profetas. Pero no prosiguió; sus lábios se cerraron y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Continuad! gritó Mosen Pierres.

El peregrino volviéndose hácia su interlocutor contestó con voz brusca:

—Inútil preguntar! he dicho bastante. El porvenir es de Dios y el hombre que intenta rasgar sus velos es un temerario.

Mosen Pierres bajó la cabeza; su corazon era presa de dos opuestos sentimientos; por una parte los pronósticos del viejo le llenaban de alegría, por otra, su silencio le inquietaba, pero al fin la alegría quedó vencedora, y aquella noche el abuelo no pudo cerrar los ojos pensando en las futuras heroicidades del nieto.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)





GASTON DE BELSUNCE.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para tí mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

II.

El idilio del viejo.

La desgracia se detiene largo tiempo en el dintel de las familias felices sin atreverse á entrar, pero una vez que fuerza las puertas hiere y mata sin compasion. Los Belsunce experimentaron en corto espacio de tiempo la implacable repeticion de sus golpes brutales. Mosen Tristan de Ezpeleta murió primero, de una inflamacion al pecho; despues le siguió Mosen Arnaut, señor de Armendariz, que fué destrozado en una cacería por un oso, y algunos meses despues, la dulce, amada y hermosa Andrá Leonor, su viuda, murió al dar á luz el segundo fruto de su tronchada felicidad.

En el castillo de Belsunce á los alegres ruidos, á las sonoras carcajadas, á las perennes fiestas de la familia, sucedió un lúgubre silen-

cio. Mosen Pierres, vestido de luto y con la fisonomía ajada por el dolor, parecía un fantasma errante; como el leon enjaulado, todo el día se lo pasaba andando con nervioso paso en la galería de la fortaleza. De cuando en cuando penetraba en su aposento, y depositaba un beso en la frente de Gaston dormido en brazos de la nodriza. El otro nieto, llamado Tristan, vivía al lado de su abuela endulzando las amarguras de la pobre Andra Madalen.

Poco á poco el dolor del noble anciano se iba fundiendo en el amor al nieto, y aquel amor era tan intenso, tan profundo, tan dulce, y tan saturado de tristeza, que le encadenaba á la cuna y le hacía pasar la vida contemplando al amado netezuelo entre lágrimas de recuerdo y sonrisas de esperanza.

Y allá, en las calladas noches de invierno, se oía á menudo, despues de la fresca voz de la nodriza, la temblorosa y cascada voz de un viejo que entonaba mecedoras con la delicadeza y pasion de las madres.

Otras veces, cuando la blanca luz de la luna bañaba las vetustas almenas del castillo, el viejo solía exclamar:

—Vosotras sois como las groseras conchas de la ostra, que esconden su seno una perla!

Bendita sea la vejez que protege á la infancia; ella nos hace vislumbrar la santa paternidad de Dios!

Ustarroz, el Roncalés, con la penetracion propia de los hombres de su tierra, decía muchas veces:

—El abuelo se está volviendo mujer.

Y tenía razon, pero aún se quedaba muy por bajo de la verdad.

Entre las ennegrecidas piedras de aquel castillo feudal se estaba verificando una transformacion sublime: el abuelo, encanecido en los rudos ejercicios de las armas, se volvía madre.

Lo primero que hizo Mosen Pierres, fué buscar una nodriza al niño, que habia nacido débil, heredando la delicada complexion de su madre. Y para reponer aquella naturaleza quebrantada, el abuelo hizo venir á una hermosa muchacha de Socoa, robusta y fuerte como los peñascos de la costa, de esas que en lo más crudo del invierno se meten en el agua hasta la cintura para recoger de las barcas las cestas de pescado que traen sus padres y hermanos, y dejan luego el cuidado de secar sus vestiduras al helado viento del Norte.

A pesar de todo, el niño osciló durante mucho tiempo entre la vi-

da y la muerte. El abuelo se aproximaba á la cuna y acercando su inquieta cabeza á la macilenta cara del niño, decia con voz baja y melancólica:

—No te vayas, Gaston, no me dejes solo.

Paulatinamente el niño se fué robusteciendo, y entónces era de ver la alegría del anciano.

—Ahora se nos va á morir él, decia el bueno de Ustarroz.

Pero ni uno ni otro murieron; al contrario, parecia que la misma sávia circulaba por los dos cuerpos, pues á medida que el niño revivia, el viejo remozaba, y era tan grande el entusiasmo con que Mosen Pierres entonaba sus mecedoras, que más de una vez, Gaston, asustado con aquellas sonoridades de voz, rompía á llorar.

Cuando el niño comenzó á hablar, fué cada progreso suyo una fiesta; animóse el castillo como en mejores tiempos, y en sus espaciosas cámaras resonaban las infantiles exclamaciones de Gaston ahora, sus inseguras corridas más tarde, y siempre los aplausos y risotadas de Belsunce.

De día bajaban nieto y abuelo al parque, y allí cogian frutas, se subian á los árboles, perseguian á los perros, aturdidos ellos tambien de tanta informalidad, jugaban á la pelota, arrojaban piedras al rio cuando alguno atravesaba el vado con objeto de salpicarle, y hasta habia ocasiones en que el venerable anciano se prestó á servir de caballo, mientras el travieso y feliz nieto montado en sus costillas agitaba con aires de triunfo una espada de madera bautizada con el glorioso nombre de Durandarte.

De noche, despues de la cena y durante un par de horas el abuelo hacia que los servidores de la casa contasen algun cuento ó leyenda popular y la velada concluía con una narracion de la historia de Nabarra hecha por el mismo Mosen Pierres, en la que aparecian todas las tradiciones y todas las fábulas con que la imaginacion del pueblo perpetúa la memoria del pasado.

Oh qué gran historiador salió Gaston! El niño era inteligente y se sabia de cabo á rabo el canto de Aztobizkar, la vida de Belaz de Medrano, aquel famoso moro á quien el diablo quiso perder y no pudo en Iguzquiza de Estella, y la historia de Roldan que se murió tocando el *olifant* en el desfiladero de Roncesvalles.

El día que Gaston cumplió diez años, Mosen Pierres le cogió la mano y le dijo:

—Ahora que *eres un hombre* te voy á enseñar el tesoro de la familia.

Y en seguida le llevó á un cuarto, por delante de cuya misteriosa puerta jamás pasaba Gaston sin miedo.

El cuarto era espacioso, pero oscuro; cuando el anciano encendió una antorcha, de todas partes brotaron reflejos de acero y hierro.

—Gaston, dijo el abuelo, aquí están las reliquias de los héroes tus ascendientes; cada uno de estos ennegrecidos hierros representa una hazaña; si los hacinase verías un monte de gloria!

Y el anciano, con la solemnidad propia del sacerdote comenzó á hacer la historia de todas aquellas reliquias, enseñándole la tosca espada de bronce que perteneció á Untza, fundador de la familia, que al frente de veinte mil montañeses contuvo la invasion celta entre los riscos de la Borunda; y la férrea lanza que blandió Indartsu en la batalla de Canas, teñida en la sangre del cónsul Paulo-Emilio; y la copa de oro en que bebieron la muerte sobre el monte Médulo, imitando el ejemplo del anciano Burnia, los últimos defensores de la federacion cantábrica contra las legiones de Augusto; y la ronca bocina con que el hercúleo Artea, anunció desde la cresta de Mendizuri el avance de las tropas francas á las tribus basconas escondidas en los oscuros robleales de Ibañeta; y la tizona, que Otsoa, primer señor de Belsunce, arrancó del costado al famoso conde castellano Fernan Gonzalez, cuando le hizo prisionero en la batalla de Zirueña, y por la que D. Alfonso el Emperador quiso dar más tarde veinte veces su peso de oro en cambio; y el estandarte rojo que Thibaut de Belsunce clavó en los muros de Zaragoza, cuando las tropas nabarras abrieron la brecha, bajo las órdenes de Gaston de Bearn, y de Guillermo, obispo de Pamplona; y la enorme clava que el brazo fornido de Semeno, señor de Belsunce y de Arberoa, apellidado *Jaun andia* blandió en los ensangrentados campos de Gallur, que contemplaron la anhelosa fuga del conde Berenguer; y los macizos eslabones que arrancó Amán de Belsunce á la cadena que rodeaba la tienda del sultan Verde en las Navas de Tolosa, y la armadura ecuestre que llevaba Leonel, cuando él y Fortunio Almoravid decidieron en favor de los nabarras con una heroica carga de caballería la hasta entónces dudosa jornada de Filera; y la daga con que Bertran de Belsunce, padre de Mosen Pierres y primer vizconde de Belsunce, mató al conde de Beaumont y á Balduino de Aunequin, comandante de los ballesteros de Francia en la luctuosa jornada de Cocherel!

Gaston habia escuchado las palabras de su abuelo con atencion sostenida y enérgica, como si quisiera aprendérselas de memoria; en su fisonomía inteligente se traslucian los sentimientos que le agitaban el alma, que no eran otros sino el entusiasmo, el orgullo y la emulacion.

—De todas estas reliquias, continuó Mosen Pierres, la más preciosa sin duda alguna es la espada de Fernan-Gonzalez. Acerca de ella se conserva entre nosotros una tradicion que voy á referirte. Despues de la batalla de Zirueña, concluida ya la guerra, nuestro antepasado Otsoa se retiraba á sus tierras, y dicen, que una tarde, al oscurecer, y cerca de la cumbre de Belate, salió á la orilla del camino una vieja *aztiya*¹ que agarró las riendas del caballo y dijo: «Salud, Belsunce; esa espada que llevas, guárdala bien, porque es la espada del enemigo hereditario de nuestra gente y patria. Pero que no tema Nabarra mientras haya Belsunces como tú, vigorosos y bravos, que sepan blandir la espada de Fernan-Gonzalez.»

Y el trueno apagó la voz de la *aztiya*, que despues de saludar á Belsunce con la mano, se perdió en las brumas de la montaña. Desde entónces esa espada es la recompensa de las proezas de nuestra familia, pues nadie se hace digno de llevarla al cinto, sino despues de haber ejecutado una hazaña que aumente la gloria de los Belsunces. Ni tu padre ni yo, desgraciadamente, añadió el viejo suspirando, hemos alcanzado esa honra.

El anciano calló, enjugando con el revés de la mano una lágrima. Gaston entónces levantó la cabeza, y clavando sus grandes ojos azules en el rostro de Mosen Pierres, dijo con voz resuelta:

—Abuelo, yo llevaré la espada de Fernan-Gonzalez.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)



(1) *Aztiya*, adivina.



GASTON DE BELSUNCE.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para ti mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

III.

La epopeya del niño.

I.

Seis años han pasado.

La hasta entónces erguida estatura de Mosen Pierres se ha encorvado; su voz robusta y sonora se ha vuelto apagada y temblorosa; su agilidad ha desaparecido y únicamente puede dar algunos cortos paseos por el parque, apoyado en un nudoso y fuerte *makilla*.

El anciano ha penetrado en el sombrío período de la decrepitud.

Tambien Gaston ha experimentado durante esta época una profunda transformacion. Ahora es un hermoso adolescente de diez y siete años, en quien todos los ojos se fijan con placer. Es alto, esbelto, de movimientos ágiles y elegantes, blanco de color, de carmíneos labios y mejillas, de piel tersa y transparente que deja ver en lassienes

la azulada malla de las venas; sus ojos son azules, de un azul clarísimo, en los que se pintan las largas pestañas de sus párpados, los cabellos de color rubio ceniciento y rizados. Hay algo de femenino en su belleza, algo de delicado y suave que ilumina las líneas puras de su rostro, que ennoblece las actitudes de su cuerpo, y que sin embargo, no excluye la decision varonil ni la energía del esfuerzo.

El niño ha entrado en el risueño período de la adolescencia.

Y pocas veces la adolescencia se ofreció á la vida con más facilidades y encantos. Su apellido abria á Gaston todas las puertas que conducen á la fortuna; su carácter le predisponia á gozar de todas las dulzuras de la amistad, de todos los deleites del amor, de todos los refinamientos de la civilizacion que entónces germinaban en Nabarra á la sombra benéfica del trono de Cárlos el Noble, cuyo reinado se asemeja en la historia á un vestíbulo radiante, que despues de ofrecer mágicas perspectivas á la imaginacion, conduce á un abismo lleno de sangre y poblado de mónstruos.

Gaston, como todas las almas nobles, era crédulo y confiado; su fisonomía abierta y jovial mostraba siempre la sonrisa en la boca; su voz de timbre argentino, jamás lanzaba modulaciones duras, pero en cambio vibraba como un arpa cuando ensalzaba alguna accion magnánima ó heróica, cuando manifestaba sus simpatías á la generosidad y el entusiasmo. Jamás habia salido una mentira de sus lábios; ni conocia el mal, ni era capaz de comprenderlo. Quien veía á Gaston no podia ménos de pensar en esos lagos que guardan las montañas en sus pétreas gargantas, cuyas aguas reflejan el azul de los cielos y la blancura inmaculada de los ventisqueros, y en cuyo fondo no existe ni un solo átomo de cieno.

Una tarde estaban sentados abuelo y nieto á la puerta del castillo; el sol se acostaba tras los sombríos bosques de hayas que cierran por aquella parte el horizonte; la neblina ascendia de los valles borrando las líneas del paisaje... allá, á lo léjos, muy léjos, resaltaban, enrojecidos aún por la luz moribunda, los picachos de Baigorri.

Gaston tenia los ojos clavados en la tortuosa corriente de la Nive, en direccion á los Pirineos; al lado del rio y en diversos trechos se alzaban espesas nubes de polvo.

—*Aitona*,¹ dijo Gaston, algo sucede; veo grandes grupos de gente que bajan de las montañas; parece que vienen huyendo.

(1) *Aitona*, abuelo.

—Hijo mio, replicó Mosen Pierres, es imposible que sea lo que tú dices; ¿porqué han de huir los montañeses? Nabarra está tranquila; ningun motivo de alarma existe..

—Teneis razon, aitona, pero tambien es cierto que veo mucha gente por los campos, que se dirige hácia este lado; si vinieran como guerreros, ó algun motivo de fiesta los guiára, el viento nos traeria el eco de sus *irrinzis*: no lo dudeis, aitona, los montañeses vienen huyendo.

El abuelo hizo un movimiento de impaciencia y permaneció silencioso; Gaston no quitaba los ojos de las orillas de la Nive.

—Ahora distingo perfectamente, añadió Gaston, despues de una larga pausa; veo hombres, mujeres y niños, unos á pié, otros á caballo, otros en carro; vienen cubiertos de polvo y avanzan con la mayor rapidez; dentro de poco llegarán algunos de ellos á la puerta del castillo; la mayoría se dirige hacia el camino de Bayona.

En efecto, ántes de un cuarto de hora se detenian ante el castillo algunos grupos de gente.

—¿Qué teneis, les preguntó Belsunce, quién os acosa?

Entónces, de aquellos oprimidos pechos brotaron suspiros y lamentos. Verdaderamente daban compasion los fugitivos; muchos de ellos tenian los piés chorreando sangre y se apoyaban en los árboles para sostenerse, ó se sentaban en el suelo; algunos, jadeantes, caían á tierra sin fuerzas para quejarse. Había mujer que traía dos niños en los brazos y tambien se veía un carro arrastrado por un robusto mancebo de veinte años que conducía á una pobre mujer, con la cabeza reclinada en un fajo de hierba, de fisonomía amarillenta y ojos brillantes como dos carbones encendidos.

—Habeis perdido todos el habla, continuó Mosen Pierres; decidme, qué sucede?

Entónces el mancebo de que acabamos de hacer mencion, se adelantó y dijo:

—Señor, sucede que el país está perdido, que Dios sin duda nos castiga y que no hay remedio para nosotros.

Una explosion de sollozos interrumpió las palabras del jóven; éste, despues de una pausa, continuó:

—Dos meses, hará, señor, que comenzó á notarse en el país que algunas personas que subian á la sierra á cortar leña ó á apacentar las ovejas, no volvian más á su casa. Me acuerdo muy bien.... el prime-

ro que faltó fué Chimun, el del caserío Zubizar, muy buen hombre, que tiene, ó mejor dicho, tenía, pues ya él no existe, y ojalá esté en gloria, una pieza de trigo en Larrazketa, y además seis vacas y cien ovejas merinas, traídas de Castilla el día de San Fermin, hace cinco años, cuando hubo aquella tronada tan grande, que cayeron granizos como nueces, y que era muy amigo de mi padre, y como decia, señor....

Y aquí el zagalon se quedó pensativo, sin poder encontrar el hilo de su relato: Mosen Pierres, devorado por la impaciencia, le hizo una señal con la mano cuando vió que iba á proseguir, diciendo á la vez:

—Basta, basta, amigo mio, haces muy bien de arrastrar la carreta.... pero no prosigas, serias capaz de no terminar en un año. A ver quién me cuenta pronto lo que ocurre.

El mancebo se retiró colorado hasta las cejas, y se adelantó un viejecito de fisonomía inteligente, que tomó la palabra.

—Señor, como decia Jakes, se notó que faltaban algunas personas que subian al monte, y todo el mundo estaba en la mayor ansiedad. Un día, dos carboneros de Orzaize encontraron en el bosque huesos de hombre. ¡Ay ene Jaungoikoa! entónces si que fué grande el miedo, señor... Unos decian que eran las brujas y otros que algunos ladrones que andaban en el monte los que hacian aquellas muertes, y ya nadie se atrevió á subir más. Hace cinco noches se oyó un ruido que parecia en parte á un trueno, y en parte á un aullido de lobo; todos los que oímos aquello nos quedarnos frios; el fin del mundo viene, decia la gente, pues las peñas principiaban á gritar. Antes de anoche, cuando estaban durmiendo los vecinos de Anhauze, sintieron un estrépito como de cadenas, y vieron en la calle una especie de culebra muy grande, con alas, que iba dando saltos hácia el monte: cuando se alejó la culebra, los vecinos salieron á la calle y supieron que la culebra habia roto la puerta de casa de Bittor Kurutzaldearena, y que habia cogido con la boca á su hijo Premiñ, llevándoselo á pesar de sus gritos y esfuerzos. La noticia ha corrido ayer mañana de casa en casa y de aldea en aldea; se conoce que el mónstruo, no teniendo ya que comer en la montaña, se ve obligado por el hambre á bajar á los pueblos. Los hombres de Aldudes é Irulegui bien armados se han ido hácia Larramendi, donde dicen que tiene la fiera su caverna; pero toda la gente de los pueblos ha huido desfavorida.

—Y cómo es esa culebra? preguntó Belsunce.

Todos los circunstantes, mudos hasta entónces, comenzaron á hablar describiendo el mónstruo.

—Tiene tres cabezas.

—Su mirada deja sin movimiento y yertos á todos los hombres.

—Su lengua es de fuego.

—Sus alas hacen una sombra que agosta la tierra.

—Sus uñas son de acero, y lanza una baba que deja ciego.

—Su fuerza es tan grande, que derriba los robles con un solo golpe de cola.

Y hubieran continuado tres horas hablando del mónstruo que ninguno de ellos habia visto, y añadiéndole atributos, órganos y cualidades extraordinarias, con la facilidad portentosa del pueblo para crear las leyendas, si el galope furioso de un caballo no les hubiera interrumpido, renovando todos sus terrores.

Era Ustarroz que llegaba; el hercúleo roncalés echó pié á tierra, y dejando suelto al caballo que venia cubierto de espuma, exclamó:

—¡Sangre de Dios! es la primera vez de mi vida que he huido.

—Tú has huido!, dijo Belsunce, no puede ser.

—Creedlo, señor; ayer acompañé á los hombres de Irulegui y Alududes, mis amigos; llegamos á Larramendi, y al poco rato, oímos unos espantosos rugidos; todos temblamos; con nosotros estaba Zaro, el alcalde, con su ballesta.... ya sabeis, un buen tirador.... despues sentimos ruido de maleza, un ruido extraño, ensordecedor y apareció la hidra... el pobre Zaro disparó la ballesta que resbaló sobre los córneos anillos de la serpiente... ésta se lanzó sobre Zaro, el que momentos despues quedaba convertido en una masa de sangre machacada y sangrienta.... los demás, aunque con miedo, intentamos hacer frente.... fué inútil... el mónstruo, con sus rápidos y violentos movimientos, introdujo el desórden en nuestras filas... tres hombres más fueron aplastados ó ahogados entre sus anillos, y entonces.... todos corrimos. Maldita sea mi madre, si alguna vez creí que nadie fuera capaz de verme las espaldas en la lucha!

El roncalés calló, y penetró en el castillo maldiciendo.

Mosen Pierres ofreció hospitalidad á los desdichados fugitivos, y todos juntos entraron en la sala, donde vimos celebrarse el nacimiento de Gaston.

Aquella noche, como es natural, no se habló de otra cosa más que de la hidra de Larramendi, y todos los circunstantes convenian

en que el país estaba perdido. «Contra ese mónstruo nadie puede, decian; será preciso emigrar».

Gaston permanecía pensativo sin desplegar los labios, oyéndolo todo con suma atencion. Despues de haber cenado, y cuando se iba á acostar, llamó á su paje y le dijo:

—Ojer, mañana, á las cinco, ten preparados tu caballo y el mio, y ¡ay de ti! si hablas á nadie de esta orden.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)

ICHAS ALDIAN.



(NERE BIOTZEKO ADISKIDE KARMELO ECHEGARAY-KOARI)

¡Zenbat bidar zur'onduan,
 Umechua nintzarian,
 Zenbat bidar, ichasua,
 Egin ete dot ames!
 ¡Zenbat bidar ibilli naz
 Ondartzeta bigunian
 Egin nairik echechuak
 Desegiteko berez!
 ¡Zenbat bidar, goyetatik
 Chori aldrak ikustian
 Egaka arutz ta onuntz,
 Eta neuk egurik ez,
 Pentsau dot, Jaunak zergaitik,
 Gizona egin zanian,



GASTON DE BELSUNCE.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para ti mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

III.

La epopeya del niño.

II.

A la hora señalada de víspera, Gaston ponía el pié en el estribo, y momentos despues, seguido de Ojer, salía del castillo por la poterna que conduce á las orillas de la Nive. El jóven Belsunce iba montado en su caballo blanco como la espuma de los torrentes del Pirineo; consistía su traje en birrete y dalmática de terciopelo granate, calzas de seda gris perla, tahalí y borceguíes de cuero cordobés rojo; sus armas eran un cuchillo de monte, un arco inglés y dos flechas.

El niño se encaminaba á la trágica aventura contento y vestido como si hubiese de asistir á su boda; la petulancia candorosa de sus pocos años, el temple heroico de su alma y la confianza caballeresca en el éxito de las empresas nobles, le habian movido á desdeñar las ar-

mas defensivas. «Un tejido de seda vale tanto como una malla de acero, cuando se combate por el bien»: hé aquí lo que pensaba Gaston.

Las aves gorjeaban ocultas entre el tupido follaje de los árboles; las montañas, entreabriendo los pliegues de su plateado manto de nieblas, mostraban el color de sus ricos vestidos de esmeralda. Gaston y el escudero Ojer, precedidos del fidelísimo Arin que agitaba los ecos de la campiña con sus alegres ladridos, avanzaban por la pradera al galope de los caballos, cuyos cascos hacían saltar las gotas del rocío, que brillaban á los rayos del sol, como un polvo de diamante.

Cuántas otras veces había paseado á caballo Gaston por aquellos lugares, distraiendo de sus faenas á las jóvenes labradoras, que le miraban alejarse envidiando secretamente á la noble doncella que un día hubiese de unir su existencia á la de tan gentil adolescente! Pero aquella mañana los campos estaban desiertos, y lo que es más triste aún, los pueblos: bien se veía que el Terror, montado en su lívido caballo, había cruzado el país ahuyentando á sus moradores.

—Pero, señor, ¿adónde vamos? preguntó tímidamente el escudero Ojer, cuando hubo transcurrido una hora de aquel galopar furioso.

—Tú eres de la montaña, es verdad, de Alduides si no recuerdo mal.

—Sí señor.

—Sabes cuál es Larramendi?

—Ya lo creo; cuando estaba en el pueblo subía muchísimas veces allá, para cortar leña, en compañía de mi difunto padre.

—Pues bien, vamos á Larramendi, vamos á combatir con esa serpiente, con ese mónstruo, y á vencerle.

Ojer palideció.

—Señor, dijo, es una locura; ¿no oísteis anoche lo que decían los fugitivos? ¿Olvidáis lo que les ha sucedido á Zaro y á sus compañeros? ¿No reparais que sois un niño?

—Sí, soy un niño, pero también soy Belsunce. Los míos han sido siempre los protectores de la comarca. Los aldeanos, cuando ven las almenas de nuestro castillo, se descubren y dicen: «hé ahí nuestra defensa; la sombra de esas torres se llama paz». Y quieres ahora, que porque el pobre abuelo esté ya viejo y carezca de fuerzas, el país sea víctima de tan terrible azote? ¡Eso nunca! Lo que el abuelo no puede lo hará el nieto. Dentro de tres días es San Juan: ya verás cómo todos los fugitivos aquella noche, al bailar en derredor de las hogueras

aclamarán mi nombre, agradeciéndome el regreso á sus hogares.

Ojer le hizo nuevas observaciones para disuadirle de su empresa; Gaston no admitió ninguna.

—Sea como vos queráis, dijo entónces Ojer; mi único deber es la obediencia. Pero os advierto, señor, que Larramendi está muy léjos, y que es preciso marchar al paso: de lo contrario reventarémos los caballos mucho ántes de llegar.

Cerca ya del medio dia se detuvieron con objeto de dar descanso á los caballos, que se encontraban estenuados de fatiga. Hacia un calor sofocante; la tierra mojada por las persistentes lluvias de los dias anteriores, caldeada ya, exhalaba un vapor denso y ceniciento; la naturaleza parecía sumida en torpe letargo; no se oía el canto de ningun pájaro, ni el chirrido de ningun insecto, ni el susurro de ninguna brisa.

Los caminantes echaron pié a tierra á la sombra de unas cuantas hayas que alzaban sus ramas no léjos del rio; pero era tan grande la sofocacion que el caminar bajo los rayos del sol les habia causado, que no tuvieron ganas de comer un solo bocado de los alimentos que Gaston habia traído consigo del castillo. Despues de beber muchísima agua, Gaston y Ojer, tendidos sobre la yerba, se quedaron profundamente dormidos.

Cuando el sol perdió parte de su fuerza se pusieron nuevamente en marcha. El terreno comenzó pronto á tornarse áspero, fragoso: los caminantes iban ya subiendo las vertientes del Pirineo.

—Señor, dijo Ojer, es imposible llegar hoy á Larramendi; la noche se acerca, y con ella, me lo temo, la tempestad tambien. Aquí, en esta chaola, podremos dormir, y mañana, cuando raye el alba, proseguiremos.

A Gaston le pareció buena la idea, y se desmontó del caballo, imitándole su escudero.

En seguida cenaron, y despues se acostaron en unas camas de yerba por ellos preparadas. Pero Gaston no pudo conciliar el sueño; la idea de su futura lucha, la proximidad de tan gran peligro, la esperanza de la victoria y el temor de la muerte, agitaban su espíritu; por otra parte, el cansancio de aquella larga y calurosa jornada se traducía en su organismo por un profundo malestar general. Sus músculos temblaban, la sed le apretaba la garganta como un muelle de acero, los oídos le zumbaban, y cuando cerraba los ojos veía muchas y menudas

manchas luminosas bailando en las sombras. Cansado de revolverse en el lecho, Gaston abrió la puerta de la chaola y salió afuera.

Desde el sitio que ocupaba Belsunce se descubría una inmensa extensión de terreno, cortado por montañas que iban perdiendo su elevación hacia el Sur, hasta convertirse en pequeñas lomas que interrumpían con su color oscuro la amarillenta línea de las landas aquitánicas. El paisaje, por aquella parte, presentaba un carácter de placidez admirable no exenta de melancolía, debida á la influencia de la creciente noche. El verde y accidentado terreno se veía cruzado por numerosos cursos de agua, entre los que se distinguía la Nive, en cuyas orillas se alzaban blancos pueblecillos que parecían bandadas de palomas sedientas. Al Norte cerraba el horizonte la ciclópea cordillera de los Pirineos, surcada por profundos, angostos y tortuosos valles, abierta por lóbregos abismos, erizada de graníticos picachos, vestida de salvaje maleza y cubierta de inacabables selvas.

Hacia las Landas, el cielo tenía un color azul oscuro, jaspeado de manchas rojas, en el que culebreaban de cuando en cuando los relámpagos; hacia el Pirineo, y sobre el fondo de negros vapores que se extendían como un velo en toda la parte Norte, avanzaban densas nubes de formas redondeadas, grises en su centro y lívidas en sus bordes, semejantes á monstruosas pústulas próximas á reventar. De los remotos valles, de las escondidas hondonadas, de las tenebrosas simas ascendía la niebla, aquí brillante como manto de plata, acullá opaca como humo de incendio, tomando sus formas de los caprichos del viento.

Gaston, con la vista fija en el abismo, contemplaba absorto aquel continuado mudar de los blanquecinos vapores, en los que su imaginación perturbada hallaba mágicas figuras y majestuosas imágenes. Sus ojos veían guerreros de diversos trajes y edades que le saludaban; eran los héroes sus abuelos, eran los famosos capitanes euskaldunas que le animaban al combate, y que sin duda, le aclamaban como futuro vencedor. Entre ellos descollaba, iluminada por los esplendentes rayos de la gloria, la altiva y varonil figura de Otsoa, primer señor de Belsunce, que apoyaba la enguantada mano en la tizona de Fernan Gonzalez, y parecía decir «este es el premio de las hazañas portentosas».

Gaston sentía dentro de su pecho los rudos golpes de los latidos de un corazón de león; fascinado por la contemplación de aquellos

aparecidos, aspiraba con delicias las primeras ráfagas del huracán. Mientras, las nieblas, agitadas por el viento tomaban múltiples y colosales formas, iluminadas ó sombrías, segun las nubes velaban ó dejaban limpio el plateado disco de la luna. Aquel combate de la luz y las sombras, le parecía á Gaston el combate de su raza contra sus múltiples enemigos. Llegó un momento en que la luna espléndida brilló en todo su apogeo, libre completamente su faz de oscurecedores vapores, y brillaron con ella las verdes copas de los árboles, y las peladas rocas, y los tersos rios, y sobre todo, las nieblas de los remotos valles, de las escondidas hondonadas y de las tenebrosas simas. Y entónces aquel niño, héroe ya, cayó de rodillas, y fijando los ojos en el cielo exclamó:

—Dios santo, con tu ayuda, yo salvaré al pueblo basco!

Apénas acababa de pronunciar estas palabras y retirarse á la *chaola*, se vió envuelta en densa nube la montaña; todos los objetos desaparecieron de la vista en un instante; el viento se convirtió en huracán; silbó en las estrechas gargantas de los montes, mugió entre las ramas de los árboles, rugió al barrer la espantada faz de las llanuras; los rayos desgarraron las nubes, el agua cayó á torrentes, y los truenos agitaron todos los ecos del Pirineo. Y á pesar de aquel estrépito, ó mejor dicho, dominándolo, se dejaba oír un grito prolongado y estridente, ora triste, ora rabioso, que parecía brotar de las entrañas mismas de la montaña.

—La hidra de Larramendi! exclamó Ojer santiguándose y palideciendo.

Sí, contestó Gaston; y alzando la voz como si quisiera ser oído fuera de la *chaola*, añadió: Ahulla mónstruo, ahora, que mañana yo ahogaré en sangre tu voz de infierno.

ARTURO CAMPION.

(Se concluirá.)





GASTON DE BELSUNCE.



(LEYENDA HISTÓRICA.)

Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para tí mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

III.

La epopeya del niño.

III.

Apénas comenzó á clarear el día, Gaston se despertó del sueño, que ya muy entrada la noche le habia vuelto á coger, y asomó la cabeza por la puerta de la *chaola*. El cielo continuaba cubierto de nubes, pero la niebla solamente ocultaba algunos elevados picachos de los montes.

—Vámonos, Ojer, dijo Gaston sacudiendo rudamente á su dormido escudero.

Este abrió los ojos y se incorporó rápidamente diciendo:

—Señor, volvamos al castillo; contentos nos podemos ver de que haya transcurrido la noche sin novedad: no tentemos la paciencia de Dios.

Gaston se encogió de hombros, y lanzando una mirada desprecia-
tiva, preguntó:

—Sabes si se puede andar á caballo por este monte?

—Aquí no hay más remedio que andar á pié.

—En marcha, pues.

Ojer suspiró tristemente y siguió á su amo, mostrando en su em-
paldecido rostro el gran temor que le cohibía el ánimo.

Momentos despues amo y criado, precedidos del fidelísimo Arin
se internaban por un tupido bosque de hayas, cuyo suelo á la sazón
estaba convertido en verdadero lodazal.

El terreno era sumamente quebrado y pendiente, así es que á pe-
sar del frío del amanecer, Gaston y Ojer sudaban.

De pronto, el perro, que iba brincando delante, se detuvo, y des-
pues de olfatear, comenzó á escarbar la tierra; Gaston se aproximó, y
vió, medio ocultos por el barro, restos de un cuerpo humano.

—Dios mio, dadme fuerza, prestadme auxilio, murmuró el jóven
levantando los ojos al cielo.

Y prosiguió su camino.

Al fin de mucho andar, llegaron al límite de aquel extenso bosque.
Arin, que siempre iba delante, volvió á detenerse, ladrando furiosa-
mente, pero sin avanzar un solo paso, permaneciendo, por el contra-
rio, inmóvil, agazapado sobre las patas traseras y las delanteras tendi-
das y fijas como dos barras de hierro.

Gaston dió unos cuantos pasos y salió fuera del bosque. En frente
suya, la montaña hundía en las nubes sus pelados riscos, cuyo color
parduzco resaltaba sobre el fondo de otras montañas cubiertas de es-
pesos hayales y robledales, que se amontonaban por todas partes y
formaban á mano izquierda una angosta cañada, por cuyo fondo co-
rría un rápido y caudaloso torrente. La montaña de Larramendi esta-
ba cortada á pico en toda la parte flanqueada por el torrente, sin que
una mata de yerba ni un arbusto ocuparan un punto de aquella des-
carnada vertiente. A pocas varas del abismo aparecía en la peña una
gran abertura lóbrega y siniestra: aquella era sin duda la caverna del
dragon.

Gaston se santiguó y se acercó á la caverna; Arin temblaba y con-
tinuaba ladrando sin moverse de su sitio; Ojer se mesaba los cabellos,
presa de la desesperacion.

El jóven se aseguró de que la espada salía fácilmente de la vaina,

sacó una flecha de la aljaba y preparó el arco; enseguida cogió unas piedras del suelo y las lanzó con toda su fuerza dentro de la caverna, haciendo resonar al mismo tiempo un agudo y prolongado *irrintz*.

De dentro de la cueva respondióle un rugido espantoso, manifestación de cólera y ferocidad inauditas, y de entre las sombras surgió el mónstruo, el gigante bestial é implacable, con las fauces abiertas y manchadas de pestilente baba, la lengua, aguda como un puñal, colgante, los ojos inyectados de sangre, azotando el suelo con su cola cubierta de córneas y resonantes escamas, y arrastrando sobre cuatro patas armadas de retorcidas y cortantes uñas, su enorme cuerpo, acorazado como el de los galápagos, dentado en todo lo largo del dorso como una sierra, de color verdoso oscuro salpicado con manchas negras, y vientre amarillento.

Ojer, loco de miedo, volvió las espaldas y se lanzó á todo correr por el monte abajo; el perro, más fiel que el hombre, se acercó resueltamente á su amo; Gaston tendió el arco, vibró la cuerda y partió la flecha silbando, pero para embotarse en las impenetrables escamas de la fiera; entónces sacó Gaston la espada y dobló una rodilla en tierra, á fin de herirle en el vientre, única parte del cuerpo desprovista de armadura. El dragon se acercó al mancebo, y se alzó sobre las patas traseras para caer con incontrastable fuerza sobre su víctima, lanzando á la vez violentos resoplidos; Gaston sintió en su rostro el cálido y nauseabundo aliento de la alimaña, y al ver aquella enorme masa oscilando sobre sí en el espacio, se consideró irremisiblemente perdido. «Pobre abuelo», exclamó, pero la idea de su deber le sostuvo y sin pérdida de tiempo extendió su cuerpo, se apoyó sobre su mano izquierda, y con la derecha hundió en el vientre del dragon la espada hasta la empuñadura.

El mónstruo se tambaleó breves instantes, dejando escapar de su pecho feroces aullidos de dolor; por la ancha herida caían á tierra, empapadas en sangre, sus entrañas; Gaston comprendió perfectamente el inminente peligro en que estaba, y que no era otro sino el de que aquel pesado cuerpo se desplomase sobre el suyo: quiso esquivar el golpe, pero no tuvo tiempo suficiente para ello, pues una de las patas del dragon en su rápido desplome le pegó con tal fuerza en el dorso, que le rompió la columna vertebral.

El pobre Gaston quedó muerto sin exhalar un quejido; el dragon, en las convulsiones de su rabiosa agonía, llegó á rodar por el abrupto despenadero, abismándose en las espumosas aguas del torrente.

IV.

Los que en la tierra se aman, en el cielo se reúnen.

La mañana en que Gaston salió del castillo para realizar su noble y desgraciada empresa, Mosen Pierres se levantó de la cama á la hora acostumbrada de invierno y verano, es decir, á las siete.

A la misma hora acostumbraba tambien casi diariamente entrar Gaston á dar los buenos dias á su abuelo; y hemosdicho casi diariamente, porque esta respetuosa costumbre sufría incumplimiento en las raras ocasiones en que Gaston tenia pendiente con sus amigos alguna cacería para la madrugada.

Mucho le extrañó á Mosen Pierres que aquel dia dejara de presentarse Gaston, porque ni remotamente podían ocurrirle los proyectos de su nieto, ni por otra parte sabia que hubiese pendiente partida alguna de caza, como propia de la estacion, y además imprudente en las terribles circunstancias por que atravesaba el país; así es que, apenas bajó á la gran sala del castillo que servía de comedor, preguntó á uno de los criados:

—¿Dónde anda Gaston?

—Señor, le respondió éste, vuestro nieto ha debido salir del castillo muy temprano, porque para cuando se ha levantado Arnaut, que es el más madrugador de la casa, ya no estaba aquí.

Mosen Pierres pegó una patada en el suelo, y exclamó colérico:

—¡Qué imprudencia! ¿Y se ha ido solo ese chicuelo?

—No, señor, con Ojer.

No contestó una palabra el anciano, y se puso á pasear por todo lo largo del salon, dejando ver en su fisonomía contraída y bruscos movimientos la gran cólera que le removía el pecho.

Aquella mañana los criados tuvieron que aguantar muchas impertinencias del noble castellano, que parecia andar en busca de pretextos para exhalar su creciente mal humor.

A las doce se sentó á la mesa, aquel dia muy bien guarnecida de gentes, porque comían todos los refugiados, que no eran pocos.

El Abad del castillo, hombre bonachon y de suyo jovial, que no podia contemplar caras tristes sin que intentase dar algun consuelo, le dijo:

—Vamos, señor, no os incomodeis por tan poco; cierto es que el muchacho no ha obrado bien en salir del castillo, ahora que todo el mundo se refugia en seguro; pero al fin y al cabo su accion no pasa de ser una falta leve, hija de la irreflexion propia de su edad; á estas horas estará comiendo tranquilamente, á buen seguro, sin caer en la cuenta del disgusto que os proporciona, en compañía de su abuela Andra Madalen.

—¿Y porqué decís eso?

—Porque antes de ayer le oí decir que tenia intencion de hacer uno de estos dias una visita al castillo de Ezpeleta.

Todos los congregados apoyaron las palabras del Abad, deseando hacer cesar aquella situacion violenta, pues tampoco concedian importancia á la ausencia de Gaston; el buen anciano, que por otra parte nada deseaba más sino encontrar un motivo plausible para explicársela, se tranquilizó bastante y comió con buen apetito, aunque ménos que de costumbre.

Pero conforme se iba acercando la noche, iban reproduciéndose asimismo sus inquietudes, y, cerca ya de oscuro, no pudiéndolas dominar, dió orden á Ustarroz de que montase á caballo y fuese á Ezpeleta, con objeto de traer noticias seguras y positivas de Gaston.

Cuatro horas despues regresaba el Roncalés, calado hasta los huesos, pues habia tenido que caminar durante la tormenta, con la cara triste y preocupada. El anciano no necesitó más que verla para adivinar las malas noticias que traía.

—No está, verdad? preguntó con voz sorda.

—No, señor, no está, repitió Ustarroz sin atreverse á levantar los ojos.

El anciano nada contestó, y se retiró á su cuarto; las personas que dormian en las habitaciones inferiores, toda la noche estuvieron oyendo su paso agitado.

El dia siguiente fué muy triste en el castillo de Belsunce; hasta las personas ménos aprensivas experimentaban inquietud; en cuanto al anciano, no se le oyó decir una palabra siquiera; la mayor parte del dia lo pasó asomado á una ventana, contemplando la campiña.

La mañana del tercer dia el anciano bajó muy temprano al gran

Salon, con ánimo de organizar una pesquisa general en los contornos; al poco rato de bajar, y cuando la gente del castillo estaba ya de pié, sonaron en la puerta principal algunos golpes fuertes y precipitados.

Varias personas gritaron «ahí está, ahí está», y se adelantaron á abrir. El anciano se puso pálido como un muerto. Momentos despues penetraba Ojer en el salon, desencajado, con los vestidos hechos girones y manchados de lodo.

—¿Solo?, preguntó el anciano en voz de trueno.

El escudero se puso á temblar como las hojas de un árbol sacudido por el viento, y cruzando las manos y cayendo de rodillas exclamó:

—Perdon, señor... tuve miedo... salió un mónstruo... estábamos solos... no me pude contener... el corazon se me saltaba del pecho...

—Pero ¿qué dices, desdichado, qué hablas, qué palabras son esas, que me dejan adivinar desgracias hasta aquí inconcebibles? ¿Por qué tartamudeas?

—Señor, perdon... ya lo veis... lanzó un rugido que aún no han oido otro igual los humanos...

—Me estás haciendo perder la paciencia con tus lamentos. ¡Fuego de Dios! ¿dónde está tu amo, dónde está mi nieto?

—Se quedó en la montaña, luchando con el mónstruo... y yo....

—¡Ah! tú huiste; exclamó Mosen Pierres dando un grito estridente, tú pusiste tu ignoble piel en salvo, y lo dejaste allá sólo, sólo, á un pobre niño... ¡Miserable! ¿Y te atreves á ponerte delante de mis ojos? ¿te atreves á implorar mi compasion? ¡Oh! si tuviera fuerzas te despedazaría con mis manos!

Y el anciano se acercó á Ojer terrible á pesar de su impotencia. Ojer dobló su cuerpo hasta poner la frente en tierra, y gritó con atento desgarrador:

—Matadme, señor, soy indigno de vivir.

El anciano desenvainó la espada, é iba con ella á atravesar el cuerpo del cobarde escudero, cuando el abad le agarró del brazo, diciéndole:

—Señor, desde cuándo en las tierras de Belsunce se mata á los hombres sin confesion?

El anciano quedó inmóvil al oir estas palabras, y arrojó léjos de sí la espada. Enseguida se encaró con Ojer, y le dijo:

—Habla tú; quiero saberlo todo.

El escudero, con mal segura voz, contó lo que ya saben nuestros lectores. Cuando hubo terminado, el anciano se volvió hácia sus servidores y les dijo:

—Quitádmelo de enfrente; dadle de palos hasta que muera. Padre, id á cuidar de su alma.

Ojer fué sacado de la estancia entre cuatro hombres, acompañándole el abad: todos los circunstantes estaban aterrados.

—Ustarroz, dijo el anciano lanzándole una ardiente mirada, el niño nos ha dado lecciones de valor. Vámonos en su busca; corramos á vengarle.

—Vamos, señor, replicó con aire resuelto el Roncalés, que estaba rojo de vergüenza.

Nadie más se movió; Mosen Pierres se encontró en el dintel de la puerta, únicamente acompañado de Ustarroz.

—¡Ah! exclamó, ¿teneis miedo? No importa; ya que los hombres no sirven para nada, los viejos y los niños darán ejemplo. Adios; rogad por vuestros pobres amos.

Mas la lealtad de los servidores venció su temor y todos gritaron:

—Vamos, señor, moriremos juntos.

Bajaron al patio, prepararon los caballos y las armas, y se animaron mutuamente. Cuando todo estaba dispuesto, Mosen Pierres puso el pié en el estribo, pero no tuvo fuerzas para montar; le ayudaron, echó el caballo á andar al paso, y el anciano, decrépito, por poco rodó á tierra: su espíritu era grande, sus fuerzas nulas. Desmontado del caballo por los servidores, el anciano se sentó y se puso á llorar diciendo:

—No sirvo para nada..., pobre Gaston, pobre niño de mi alma!

Aquel dolor era inmenso y á todos conmovía; pero Ustarroz no quiso perder tiempo, y despues de saludar con afectuoso respeto al desgraciado anciano; se puso en movimiento seguido de su gente, dejándole rodeado de varias mujeres y de dos ó tres escuderos.

Aquellas buenas mujeres intentaron conducir al anciano á su aposento, pero en balde; de aquel sitio no se quería mover.

—¿Veis estas lágrimas? decia, pues son las primeras de mi vida; aún mis ojos no sabian lo que era llorar: ¡pobre, pobre Gaston!

Y se mesaba la lengua barba y blancos cabellos.

Despues de una pausa continuó diciendo:

—Dios mio, estos dolores no son para los viejos como yo. ¿Crees

que no basta la ancianidad para acabar con la vida de los hombres? ¿qué daños te he causado para que me arrebatas mi consuelo? ¿qué falta te hacia ese pobre niño? ¿no tienes bastantes ángeles en el cielo, que aún les robas á los ancianos los que viven en el mundo, poniendo un poco de luz en la noche de sus años? ¿por qué respetas al roble centenario, y al tierno arbolillo lo cortas por su pié?

En aquel momento uno de los servidores que habian sacado preso del salon á Ojer, se acercó á Mosen Pierres y le dijo:

—Señor, ya ha muerto.

El anciano ni remotamente se acordaba de su anterior sentencia, primer acto cruel de su vida, dictada á impulsos de un gran dolor; así es que al oír «ha muerto», como no tenia pensamientos más que para su nieto, creyó naturalmente que á él se referia la infausta nueva, y al oirla, se levantó de su asiento lanzando grandes alaridos.

—Yo, yo soy su asesino... yo tengo la culpa... yo le he privado de su vida... yo durante diez años he estado trabajando su imaginacion para hacerle héroe... Imbécil de mí, ¿qué importa el heroísmo? ¿qué vale la fama? ¿qué representa el valor? Devolvedme á mi nieto, á mi dulce nieto, á mi idolatrado Gaston, aunque viva oscuramente, aunque tiemble, como las mujeres, cuando vea el resplandor de una espada... la vida es el supremo bien.

Trabajo les costó á los circunstantes hacerle comprender á quién se referian las palabras del escudero; el anciano habia recibido un rudo golpe, y la verdad de los hechos únicamente consiguió acallar sus clamores, pero sin enjugar sus lágrimas, y encerrarle en un silencio, si cabe, todavía mis aterrador.

A la tarde llegó al castillo uno de los hombres que salieron con Ustarroz, trayendo la noticia de que las aguas del rio habian arrastrado el cadáver del dragon hasta cerca de Bidarrain.

Oirse esta noticia, y resonar una inmensa aclamacion, todo fué uno; eran los fugitivos que con aquella noticia veían llegado el momento de regresar sin miedo á sus hogares; pero en honor de la verdad y de aquellos honrados montañeses, tambien debemos decir, que en aquella explosion de alegría entraba, y por mucho, la idea de que Gaston no habia muerto. Asimismo la noticia causó buena impresion en el ánimo de Mosen Pierres, que abrió su corazon á la esperanza; y debido á la noticia y al gran cansancio que le dominaba, durmió algo aquella noche.

Antes de rayar el alba del día siguiente, Mosen Pierres y demás moradores del castillo, estaban de pié; muchos de los refugiados abandonaron en seguida el castillo, deseosos, unos, de saber noticias, otros, de volver á sus casas, y otros, de ir á recibir á Gaston.

El día trascurrió lento para aquella inmensa angustiosa impaciencia que palpitaba entre las piedras del castillo; en el cielo durante todo el día se fueron amontonando nubes, y al anochecer, quedó completamente cubierto de negros vapores: parecía de luto.

Mosen Pierres, acompañado del Abad, estaba sentado en el banco de la puerta, desde donde días pasados él y Gaston vieron llegar á los fugitivos; ni uno ni otro hablaban. De pronto, el viento les trajo confuso sonido de voces humanas y de cánticos.

—Ahí, ahí viene Gaston, exclamó anhelante el anciano; digo que viene... quién sabe, tal vez me lo traen.

Y rompió á llorar,

Poco á poco se fué acercando el sonido y creciendo; lo que era al principio un débil murmullo ténue como el jugueteo del aire entre las flores, retumbó más tarde, como el violento chocar de las olas contra las peñas; parecía la voz inmensa de la naturaleza entonando la plegaria de los mundos y narrando la misericordia infinita de Dios. Aquel cántico, triste como la noche, era un canto funeral.

Y al poco rato aparecieron numerosísimas antorchas oscilando en la oscuridad, fantástica procesion de claridades en las tinieblas, serpiente de fuego de mal unidos anillos; y á su resplandor incierto se distinguieron un grupo de ginetes con la cabeza descubierta precedido por Ustarroz, y detrás ocho robustos montañeses que llevaban sobre unas parihuelas un cuerpo muerto, cubierto de flores y de hojas, y detrás varios sacerdotes con cruces, y el triste Arin ladrando lúgubrememente, é inmenso tropel de gente de todas edades, cantando los hombres y gimiendo las mujeres, eco religioso y compasivo de la tierra euskara.

Mosen Pierres se aproximó tambaleándose á las parihuelas; en presencia del anciano todo el mundo calló; tan sólo se escuchaba el lastimero ladrado de Arin; el anciano, blanco como un espectro, levantó el lienzo que cubría el rostro de Gaston, marcado con el horrible sello de la muerte, y lanzó un gemido sordo, cayendo de rodillas.

—Muerto, muerto, murmuró con estupor, muerto!

Y elevando la cabeza hácia el cielo dijo con voz trémula:

—Ya voy, querido mio.

Y cayó desplomado. Varias personas acudieron en su auxilio; Mosen Pierres habia dejado de existir.¹

ARTURO CAMPION.

PIO IX-GARRENA AURCHO BATEN SALBATZALLEA.

(JARRAITEA).

Esango dedanaren bidez, agirian jarriko da Pio IX-garrenak Edgardoganako zeukan nai andia. San Gregorio-ko Eleizan, Erroman Zelio deritzan egicho batean dagoenean, bere festegunean arkitzen zan Edgardo bere lagunakin Santuari agur egiteko. Ara zijoan Pio IX-garrena, eta eleizaratzen zanean, beste asko bezela, Edgardo ere Eleizatearen ondoan jarri zan, Pio IX-garrena igarotzen zanean bere oñari muñ egiteko. Bazetorren Pio IX-garrena; eta Edgardo aiñ gogoz ta pozik eta indar guziaz aurreratu zan Aita Santuaren oñ sagraduari muñ egiteko, non bere bekokiarekin jo zuen Aita Santuaren belauna, eta aletan non Edgardok berak miñ asko artu zuen, eta Aita Santua atzeratu zan, eta baldin bere laguntasun edo Korteko bat aurreratu ez bazan, Aita Santua eroriko zan. Arriturik gelditu zan Edgardo au ikusirik, eta lotsarik andiena zeukan, aurpegia sugarrak bezela gorria zeukala. Au guzia ikusirik Aita Santua, orduan, bai, iñillik gelditu zan, eta aurrera zi-

(1) La ciudad de Bayona, queriendo mostrar su agradecimiento á la memorable hazaña del jóven Gaston de Belsunce, regaló á su heredero unos terrenos en San Pedro de Irube, para que edificase en ellos su casa, y el buen rey Cárlos el Noble le elevó un grado más en la gerarquía de la nobleza, y le concedió el derecho de llevar en uno de los cuarteles de su escudo, un Dragon de tres cabezas, que aún hoy ostentan sus ilustres descendientes. La piel del monstruo muerto por Gaston, se conservó hasta fines del siglo pasado en la Catedral de Bayona, de donde desapareció en la época de la Revolucion.